

la guerra encarnizada del mundo, demonio y carne, conservar incólume la joya más hermosa de vuestra alma. Adornadas con ella, llegaréis á contemplar la belleza de María en la eterna bienaventuranza. Así sea.

PANEGÍRICO DE LA ANUNCIACIÓN DE MARÍA

(predicado en la fiesta de la Congregación de Jóvenes de Bogotá, marzo de 1896).

María, objeto adecuado del amor y la imitación de sus congregantes.

Ave, gratia plena. Luc. 1, 28.
In me gratia omnis.... Eccli. 24, 25.

1. Un grupo de jóvenes piadosos que frecuentan, en calidad de alumnos externos, las aulas del colegio de San Bartolomé, celebran hoy, llenos de ferviente júbilo, la instalación solemne de su congregación, ó sea de la sociedad que han formado para honrar con especial esmero á la Santísima Virgen María, Madre de Dios y de los hombres. Saben bien estos jóvenes, mejor tal vez que otros muchos adultos y ancianos¹, cuánto vale, desde los primeros pasos de la azarosa vida humana, acogerse á la alta protección de tan poderosa Señora y amorosa Madre, para afrontar los mil peligros de que habrá de verse erizada su carrera; á fin de arribar, después de heroica lucha con toda suerte de enemigos, disfrazados y descubiertos, al término feliz de la eterna salvación, que es el grande y único fin de la criatura racional. ¡Albricias á tan noble y discreta juventud! Gócese en hora buena con el éxito ya obtenido de la agregación de su naciente congregación

¹ Super senes intellexi... (Ps. 118, 100).

á la primaria de Roma, que le permite disfrutar de las innumerables gracias y beneficios espirituales otorgados por la Sede Apostólica á aquel riquísimo emporio de virtudes. Celebre con santo entusiasmo su establecimiento y fundación canónica en este día en que la Iglesia toda celebra aquel dichoso anuncio de la redención del mundo, traído á la Virgen de Nazaret por el celestial mensajero Gabriel. ¡Anuncio de felicidad sin medida! Dios se ha apiadado de la infeliz raza de Adán: el Hijo del Eterno va á descender á la tierra para rescatar al hombre de la muerte eterna: el Verbo va á revestirse de humana carne en el seno virginal de la más pura doncella: María va á ser hecha Madre de Dios y de los hombres.... ¡Qué nuevas tan portentosas y tan llenas de alegría! Hoy, después de casi diecinueve siglos, al recordar esa fecha eternamente memorable de la entrada del Verbo divino en la tierra, anunciada á María, el corazón del hombre palpita de esperanza, sus ojos se elevan al cielo y ven en la Virgen la estrella de salud que nos conduce á la gloria con sus clarísimos destellos. ¡Nosotros te saludamos, ¡oh María! como la estrella de los mares, Madre de Dios siempre Virgen y feliz puerta del cielo!¹

2. ¡Ah! ¿qué dirán, qué sentirán sus piadosos hijos, los nuevos congregantes? ¿qué sentirán al contemplar ese cuadro pintado por el Evangelista San Lucas, el historiador de la escena y del diálogo de la Anunciación? Ellos, estoy cierto, rebosarán de júbilo y se darán el parabién de haber escogido á la *Anunciada* por patrona especial de su congregación, porque en ella, tal como en este misterio la contemplan, verán el objeto

¹ Himno de la Iglesia: «Ave, maris stella».

adecuado de su culto, de su veneración y de su amor. Así es, en efecto, amados jóvenes, como paso á haceros ver, á fin de que vuestra devoción se acreciente, si cabe, y vuestro gozo se complete¹. Porque ¿en dónde más bella, más grande, más perfecta puede ofrecerse María á nuestra consideración, que en el misterio augusto en que fué saludada en nombre de Dios por un Ángel: *llena de gracia*? ¿No es aquí donde puede ella decir: *en mí está toda la gracia; en mí, toda la esperanza de la vida bienaventurada*²? Sé muy bien que María, en el primer instante de su Concepción sin mancha, fué ya *toda hermosa* á los divinos ojos; pero, por lo mismo que su gracia fué susceptible de crecer como la luz del astro del día, ¡cuánto más bella y perfecta no debió de ser en el mediodía de su Anunciación! Aquí es, por otra parte, donde *raya* en el apogeo de su grandeza, habiendo sido ensalzada en este día á la dignidad altísima de Madre de Dios; por consiguiente aquí tenemos cuanto puede ser objeto de amor, de imitación, de invocación, teniendo *ante* los ojos á María en su doble aspecto de Virgen y Madre, ó, mejor dicho, en su fase única de Virgen-Madre, que es la fase más bella y majestuosa que ha podido *presentar* una criatura. Saludémosla, pues, con el ardiente afecto y veneración del Arcángel: *Ave María*.

I.

3. María, en el misterio de su Anunciación, constituye el objeto más digno del amor entusiasta y ardiente de la juventud cristiana. ¡Ama en *buen* hora, oh juventud que abres tu corazón á las primeras impresiones

¹ Gaudium vestrum sit plenum (1 Io. I, 4).

² L. c. supra.

de la vida, como el capullo de la rosa abre sus pétalos á las primeras brisas de la mañana! Ama, sí, pero un objeto que verdaderamente sea digno de tu gran capacidad de amar, que satisfaga tu inteligencia por el cúmulo de sus perfecciones, que llene tu corazón por su belleza acabada y de todo punto incomparable. Ese objeto, entre todo lo criado, no puede ser otro sino la Virgen de quince años, la graciosa y encantadora Virgen de Nazaret, la *Anunciada* por Gabriel. Fuera de ella, dondequiera fijes tus miradas, no hallarás sino defectos; donde busques satisfacción, no hallarás sino desengaños, vacíos. Vuelve, vuelve tus ojos á la hija afortunada de Ana y de Joaquín; en ella podrás admirar las perfecciones de una criatura formada desde el primer instante en la plenitud de la gracia, y que ha llegado al punto culminante de su desarrollo físico y moral; en ella podrás contemplar, bajo el velo de la esposa de José, la esposa mística ataviada ya por el divino artista para las bodas inefables con el Rey de los cielos; por consiguiente allí verás el conjunto más prodigioso de gracia y hermosura que cabe imaginar, ó, mejor dicho, que la fantasía más vigorosa no sería capaz de dibujar en el lienzo de su mente creadora; allí verás la admiración del Ángel, las delicias de todo un Dios... ¿No es esto así, carísimos oyentes? Oíd y juzgad. En este asunto no cabe un átomo de exageración.

4. *Enviado fué un príncipe del cielo á llevar un mensaje divino á una doncella que habitaba en Nazaret; y la doncella desposada ya con José, llamábase María*¹. Había llegado, pues, la celestial criatura, en quien el Eterno tenía fijadas sus miradas, á aquella edad en que,

¹ Luc. I, 27

gran misterio de los eternos decretos de Dios: el Verbo iba á bajar á la tierra, los cielos iban á inclinarse en dirección de Nazaret. Iban á celebrarse en esta humilde morada, transformada en palacio celestial, las místicas bodas del Cordero; y María era la Esposa, ataviada ya con las galas, no postizas ni prestadas, sino propias y riquísimas con que la adornara su mismo celestial Esposo para hacerla digna de sí. ¿Cuál no sería su hermosura? *Has hallado gracia delante de Dios*, decía el Arcángel¹: y ¡qué gracia la que halló María, según comentan con entusiasmo los Padres de la Iglesia!² El Rey del cielo la contempla entonces con inefables transportes de amor: *Tus ojos de cándida paloma, retrato de tu alma purísima, hicieronme salir de mí, para volar hacia ti*³. El grande y soberano misterio estaba á punto de consumarse.... El Verbo eterno, engendrado antes del tiempo en el seno del Padre⁴, iba á ser reengendrado en la plenitud del tiempo en el seno de la Virgen, por obra del Espíritu Santo, á la sombra de la virtud del Altísimo⁵. María iba, pues, á ser Esposa de Dios, como verdadera Madre del Verbo Encarnado. Y lo fué, en efecto, en el instante en que, pronunciado el misterioso *Fiat* por los trémulos labios de la humildísima doncella, *el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros*⁶, descansando en el tabernáculo del vientre virginal⁷. ¡He ahí, pues, el tálamo nupcial en que este Verbo de virtud infinita⁸ se desposó con la sagrada humanidad, unido á ella con el lazo estrechísimo é indisoluble de la unión hipostática! ¡Cuánto

¹ Luc. 1, 30.² *S. Sophron. et alii passim.*³ Cant. 6, 4.⁴ Ps. 109, 4.⁵ Luc. 1, 35.⁶ Io. 1, 14.⁷ Eccli. 24, 12.⁸ Hebr. 1, 3.

más rico y espléndido que el celebrado lecho de Salomón¹ no debía ser este nuevo tálamo del Salomón verdadero, el cuerpo y alma de María!

6. De esta manera, cristianos oyentes, María colmada de gracias, presentaba en el día de su feliz Anunciación el conjunto más vistoso de perfecciones que es dado imaginar. Aquel día era verdaderamente digno de la magnífica salutación angélica: *Llena de gracia, Dios te salve*²: rebosaba de encantos: *Deliciis affluens*³. Ostentábase cual Reina á la diestra del Rey de los cielos, revestida de oro puro y esmaltada de variedad de joyas preciosísimas⁴. Era, en fin, un portento de belleza, como la vió el Apóstol del Apocalipsis: *Una gran visión apareció en el cielo: una mujer bañada con los resplandores del sol, la luna por calzado de sus pies, y en la cabeza una corona de doce fulgidas estrellas*⁵. Era la Madre-Virgen, que llevaba ya en su seno al Sol de justicia, fuente de toda gracia y santidad. Hagamos un esfuerzo más, oyentes míos, para profundizar algo en el conocimiento íntimo de lo que constituía esa belleza natural y sobrenatural. Como quiera que la belleza, según los principios de la estética, sea esencialmente la armonía animada por la vida, en la Virgen-Madre todo era armonioso, como un concierto celestial, todo era viviente y animado como el rayo de luz, como el calor que pone en movimiento el universo. La armonía resplandecía en el alma y en el cuerpo de aquella criatura formada y concebida según el plano primitivo, no alterado por el maligno influjo del pecado original. Además de la extremada perfec-

¹ Cant. 3, 7.² Ibid.³ Ibid. 8, 5.⁴ Ps. 44, 10.⁵ Apoc. 12, 1.

ción de sus potencias, de la vasta extensión de su memoria, de la capacidad ilimitada de su entendimiento, de la soberana rectitud de su voluntad; además de la acabada proporción de todos sus miembros, de la corrección estética de sus facciones, no empañadas por la menor sombra de defecto, siendo por todo extremo maravillosa su estructura, como labrada á torno, según la expresión de los sagrados libros¹, sus sentidos purísimos, órganos de una sensibilidad exquisita, servían maravillosamente á las superiores facultades del alma sin contradicción, sin la más ligera resistencia. Tal es, hermanos míos, ó, mejor dicho, tal debiera ser la armonía del compuesto humano, como el primero y principal elemento de belleza en el hombre; pero ¡ah! ¿dónde se encuentra ya este armónico concierto entre la materia y el espíritu? ¿Dónde, sino en aquella privilegiada criatura, preservada del veneno del desorden primitivo? No había, pues, en ella dos leyes en colisión, dispuestas á chocar violentamente, la ley de la razón y la tiránica ley de los sentidos: no había sino una sola, de acuerdo con la unidad personal del ser humano, dominando pacíficamente en todas las regiones sometidas á su dulce imperio.

7. Por otra parte la vida que animaba aquella singular criatura no era sólo una vida espiritual, brillante y poderosa expansión de la más clara inteligencia ilustrada con todo género de conocimientos infusos, y de una voluntad amadora de toda virtud, entusiasta del Bien; era más aún, era vida divina, sobrenatural, semejante, pero en grado mucho más perfecto, á la que sentía correr dentro de su alma el grande Apóstol²;

¹ Cant. 5, 14.

² 2 Cor. 4, 10.

era, podemos decirlo así, la Virtud del Altísimo envolviéndola en su sombra majestuosa, como la resplandeciente niebla envolvía el Arca del Antiguo Testamento¹. Era, digámoslo de una vez, el Espíritu de Dios que había tomado posesión de aquella arca santa de la Nueva Alianza, para hacer de ella su glorioso tabernáculo. De esta suerte la belleza de María era sobrehumana, más que angélica, divina: era la irradiación de la hermosura de Dios en su obra maestra.

II.

8. Ya lo veis, piadosos congregantes: María, patrona vuestra en el misterio de su Anunciación, se presenta á vuestra fantasía, digo mal, á los ojos de vuestra razón iluminada por la fe, como el objeto más adecuado de vuestro ardiente amor, como quiera que la habéis contemplado perfectamente hermosa. Ella, pues, ha debido arrebatarse los afectos de vuestro corazón ansioso de amar á la criatura que Dios mismo no se ha desdenado de amar: á la que San Bernardo apellida: «Robadora de corazones»². Sí, por cierto: quien no ama á María no tiene ojos para ver ni corazón para sentir. Y si, en efecto, su dulce llama ha prendido en los vuestros, desde luego se despertará en vosotros el anhelo ferviente de imitar esas sublimes y nobilísimas virtudes, que son precisamente los rasgos culminantes de su celestial hermosura. Porque *toda la gloria de esta graciosa Hija del Rey viénele del interior*³, en cuya comparación la misma exterior gentileza, con ser tan extremada, no sería mucho de apreciar. Admirémos

¹ 3 Reg. 8, 12.

² S. Bern.: «Raptrix cordium».

³ Ps. 45, 14.

todas las perfecciones de la excelsa Virgen; pero fijémonos de preferencia en aquellos dos rayos más brillantes de la hermosura de su alma, que del espíritu se difunden hasta en su mismo cuerpo, y son las dos virtudes más accesibles á nuestra imitación. Tales son, oyentes míos, la pureza sin mancilla y la encendida caridad. De una y otra os da la Virgen-Madre alto ejemplo en la dichosa hora de su Anunciación.

9. ¿Dónde ni cuándo resplandeció más el puro lirio de su integérrima virginidad? «Sea para vosotros como una viva imagen y retrato de la pureza virginal la vida de María, dice el Padre San Ambrosio¹, pues en ella, como en clarísimo espejo, brilla la hermosura de la castidad.» Y San Bernardo, declarando copiosa y dulcemente, como suele, aquellas palabras de la narración evangélica: *Fué enviado el Ángel á la Virgen*, dice: «Sí, á la Virgen de cuerpo y mente, á la que había hecho profesión y voto de perpetua virginidad, á la Virgen, finalmente, cual la describe el Apóstol, santa en el cuerpo y el espíritu, no hallada por acaso, sino escogida desde la eternidad, prevista por el Altísimo y para sí reservada, guardada por los ángeles, prefigurada por los patriarcas y prometida al mundo por los profetas.»² Fué su pureza incomparable el poderoso imán, dicen los santos, que atrajo á Dios desde el cielo á su seno immaculado. Con la Encarnación del Verbo en sus purísimas entrañas, y con el contacto íntimo de aquel Dios humanado que guardó durante nueve meses, bien se ve cuánto debió de acrisolarse la pureza de María, no ya por sustracción de mancha ó defecto

¹ De virginibus lib. 2.

² S. Bern. ex hom. 2 super Missus est.

(que no lo hubo jamás en ella), sino por acceso siempre mayor á la fuente de pureza infinita. ¡Ah, mis amados congregantes! ¡Pluguiese á Dios daros á conocer en este día con más viveza que nunca la belleza de la santa castidad! ¡Qué ornamento tan bello para todas las edades, pero por especial manera para la juventud! ¡Cómo se marchita toda la lozanía moral y hasta física de los años juveniles con el soplo emponzoñado de la corrupción! Lo mismo que se deshojan las flores y languidecen los tallos de plantas delicadas, si las azota el cierzo abrasador.... ¡Qué desventura para la juventud no comprenderlo así! ¡Qué ceguedad tan lamentable la de ese mundo, que estima en más la frágil belleza de la carne corruptible que la sublime é imperecedera del espíritu! Y aun en este supuesto ¡cómo se equivocan miserablemente los que, atentos sólo al goce de los sentidos, no reparan que no hay ni puede haber perfecta belleza física en el ser humano, si no la realza con sus destellos el ángel de la castidad! Porque es verdad incontrovertible, basada en la razón y la experiencia, que el vicio sensual afea, destruye y desbarata no sólo el alma que es su esclava, sino el cuerpo mismo que, tarde ó temprano, llega á ser su víctima, reducido á cenizas. ¡Ay! ¡cuántas de estas víctimas va haciendo cada día el hálito del vicio! No cabe duda que sin la pureza de corazón y limpieza de cuerpo no hay serenidad de rostro, ni candor de mirada, ni sonrisa angelical en los labios. ¡Apreciad, jóvenes, esa joya tan menospreciada por el necio mundo! Aborreced cual tósigo de muerte el vicio infame, por más que el mundo os lo brinde en copa de oro.

10. Mas procurad al propio tiempo aprender en la escuela de María el santo amor de Dios, la caridad,

virtud divina que ejercitó la Virgen-Madre con altísima perfección en el misterio de la Encarnación del Verbo. ¿No sabéis que, según la profunda sentencia de San Agustín, antes le concibió en su corazón por el amor, que en el cuerpo por la maternidad corporal? Y esta inefable operación del Espíritu Santo ¡cómo se ejecutó sino entre ardores de la más abrasada caridad? Entonces fué cuando María pudo decir con la Esposa de los Cantares: *Sostenedme con la fragancia de las flores, cercadme de frutos exquisitos, porque languidezco de amor*¹. ¡Ah, la caridad divina! ¡cómo enciende las castas mejillas, al par que inflama el corazón virginal! Porque no es posible amar al Criador, si se tiene el corazón entregado á las criaturas. ¡Feliz la juventud educada en el temor y amor de Dios! ¡Feliz la vida humana que se desarrolla al calor del hogar sagrado donde arde el fuego de la cristiana piedad! He aquí, amados jóvenes, las inapreciables ventajas de vuestra congregación: acendrar la pureza, encender el fervor, ya por medio de piadosos ejercicios, ya en esas mismas reuniones presididas por la dulce Virgen y tierna Madre de los niños que se complace en verse rodeada de sus hijos.

III.

11. Pero en María *Anunciada* tenéis también el más poderoso estímulo y justo título para invocarla, como deberéis hacerlo á cada instante, según os aconseja San Bernardo: *Mariam invoca. Non recedat a corde, non recedat ab ore*². ¿Cuál es el verdadero cristiano que á cada paso de la vida no acude á la Madre de Dios y poderosa protectora del hombre?

¹ Cant. 2, 5.

² Hom. 2 super Missus est.

¿Quién no sabe que Jesús moribundo nos la legó por Madre? ¿que de su protección y favor debemos esperar todo, principalmente en orden á la salvación? ¿No están llenos de estas enseñanzas los Padres y doctores de la Iglesia? Solamente los obcecados sectarios se condenan, por insensato orgullo, á carecer de la protección y valimiento de María. Sin duda porque, á vuelta de protestar que creen en Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, niegan, por una inexplicable inconsecuencia, el título que el concilio de Éfeso confirmó á la Virgen Santísima, de Madre de Dios, puesto que, de atribuírselo, deberían reconocer igualmente su omnipotencia suplicante. Empero, si todo fiel cristiano deposita en María su absoluta confianza y la invoca con entrañable amor y veneración, ¿cuánto más deben hacerlo los que se precian de llamarse hijos suyos, y están especialmente consagrados á su culto, como son sus congregantes? Pues bien, en el misterio en que la habéis tomado por patrona, tenéis los dos grandes motivos de invocar á María, cuales son su poder y su amor: aquél, derivado de su excelsa dignidad de Madre de Dios; y éste, de su consiguiente maternidad respecto de los hombres.

12. Desentendiéndome por ahora del primero de estos títulos, llamo vuestra atención hacia el segundo; y digo que fué en esa hora de su vida cuando por primera vez sintió María palpar su corazón con amor de madre para con los hombres, y, aun me atrevo á decirlo, con singular ternura para con los niños. ¿No os parece natural que así fuese, una vez que la Virgen sin mancilla sintióse Madre de un Dios Niño? Ella lo siente reposando en su tálamo, ó bien saltando de gozo, mejor que el niño Juan en las entrañas de Isa-

bel¹. Y, al sentirlo, comprende desde entonces su destino de abrazar en su corazón de madre á todos los que Jesús adopta por hermanos. Los niños figuran entre sus hijos predilectos, porque adivina ya la predilección del Salvador por ellos². Si así no fuera, ¿por qué, no contento con hacerse hombre, habría querido hacerse niño³? Mas no olvidéis que, si Jesús ama señaladamente á la niñez, es por las virtudes que suelen adornarla, pues él mismo dice: *De los tales es el reino de los cielos*⁴, es decir, de los puros, candorosos, humildes y amorosos con sus padres, de los que guardan hasta en edad madura las gracias encantadoras de la niñez, y particularmente de los que, hasta el último suspiro, aman y sirven á María como hijos amantísimos.

13. Hacedlo así vosotros, tomando por modelo de vuestra conducta al mismo Hijo de Dios que, en este gran día, quiso honrar á la excelsa Virgen con el título de Madre suya. Él no la olvidó jamás: no deja de honrarla, aún en el cielo, teniéndola colocada á la diestra de su gloria. Así también el niño de hoy, fervoroso congregante de la Virgen, no olvidará, hombre mañana, la parte que en su educación le cupo á la tierna devoción que desde entonces profesaba á su querida Madre, María Santísima; y, al recordarlo, sentirá un santo orgullo en honrar y bendecir hasta el postrer suspiro á la Reina de los cielos, admiración, modelo y esperanza de sus congregantes.

¹ Luc. 1, 41.

² *Sinite parvulos, etc.* (Marc. 10, 14).

³ *Parvulus natus est nobis* (Is. 9, 6).

⁴ Matth. 19, 14.

SERMÓN PARA LA FIESTA DE LA PURIFICACIÓN DE MARÍA

(predicado en Medellín, 1889).

El misterio de la humildad de María.

Respexit humilitatem ancillæ suæ.

Luc. 1, 48.

1. Á través de los misterios de la Santísima Virgen que celebra la Iglesia católica con especial aparato de solemnidad, alcanza á vislumbrar el alma religiosa las principales prerrogativas y como las fases más brillantes de ese astro de los cielos, objeto eterno de la complacencia de Dios y de la admiración del hombre. De aquí el carácter especial y como el colorido que distingue á cada una de esas grandes festividades de María. No me negaréis, cristianos oyentes, para no hablar más que de aquellas que señalan los puntos culminantes de la carrera de ese astro celestial, que la fiesta de su Concepción purísima sea la de su incomparable belleza, como que, al sólo ver ese prodigio de una mujer concebida sin mancha, no podemos dejar de exclamar con dulce arrobamiento: *Tota pulchra!* Así también, al contemplarla en su retrete de Nazaret sorprendida por la presencia del Arcángel que la saluda llena de gracia, anunciándole el gran misterio de la Encarnación del Verbo, que ha decretado hacer de ella su madre verdadera, no puede menos el entendimiento de medir por la excelencia de esta dignidad la grandeza de la Virgen-Madre, sublimada á una altura rayana en lo divino. Finalmente cuando, llegada al brillante ocaso de su vida, vemos á la gran Señora salir triunfante del sepulcro y elevarse á las regiones etéreas en alas de los ángeles, hasta llegar en su ascensión á ser coronada por Reina